

que la humanidad tiene la credulidad de la infancia: tal era la antigüedad, tal la Edad Media. Cuando Plinio creía en lo imposible, ¿es para admirar que el vulgo creyera en los milagros del Evangelio?

IV.

Los filósofos del siglo XVIII niegan todo milagro, y especialmente los prodigios que los cristianos invocan para apoyar en ellos la revelación; tienen, según dicen, razones particulares para desconfiar de esos hechos maravillosos, el testimonio de Jesucristo. Dice el Maestro á sus discípulos: "Se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes signos y prodigios, de suerte que hasta los escogidos serán seducidos, si es posible." (1). Fundándose en estas palabras, los doctores cristianos enseñan que el diablo y sus secuaces pueden hacer milagros ó apariencias de tal que es imposible que los hombres distingan de aquellos que se hacen por la acción de Dios. *Rousseau* deduce de aquí que los verdaderos milagros, suponiendo que los haya, no sirven para nada. "La misma autoridad que atestigua los milagros atestigua también los prestigios, y esta autoridad prueba que la apariencia de los prestigios no difiere en nada de la de los milagros; ¿cómo, pues, se han de distinguir los unos de los otros? Y ¿qué puede probar el milagro, si aquel que le ve no puede discernir, por ninguna señal segura y desprendida de la cosa misma, si es obra de Dios ó es obra del demonio? Será preciso un segundo milagro para certificar el primero." (2).

Los ortodoxos han respondido á todo. El lector va á juzgar si son sus razones de tal naturaleza que fortifiquen la revelación. Preguntáis, dice *Calmet*, cómo se pueden distinguir los milagros de los prestigios; nada más sencillo: la Iglesia os lo enseñará, y tendréis además la doctrina cuya santidad confirma los milagros; el sabio benedictino previene la objeción que se le va á hacer. "¿No es todo eso un círculo vicioso y una petición de principios? Os pido una señal para distinguir los verdaderos de los falsos milagros, y me decís que los verdaderos milagros son aquellos que sirven para

confirmar la verdadera doctrina; si os pido la prueba de la doctrina, me citáis los milagros; si hay milagros en pro y en contra, debo atenerme á la Iglesia; si dudo cuál sea la verdadera Iglesia, me volveréis á enviar á los milagros y á la doctrina." La objeción no es floja; ¿qué se responde á ella? *Pascal*, pagado de audacia ó pagándose de palabras, afirma atrevidamente: "Que los milagros discernen la doctrina y la doctrina discernen los milagros." (1). Así pues, se confiesa el círculo vicioso y se eleva á la altura de una verdad; esto es excelente para los creyentes; pero y ¿para los incrédulos? El padre *Calmet* niega que haya una petición de principios. "Siendo Dios la verdad misma, no puede inducirnos al error, ni autorizar la mentira y la impostura con su aprobación y por una serie de verdaderos milagros; habiendo prometido á su Iglesia la infalibilidad, no puede faltar á su promesa; cuando yo, pues, en la duda, vuelvo á enviar á la doctrina ó á la Iglesia, lo hago en consecuencia del principio de que Dios no puede engañar y de que la decisión de su Iglesia es la decisión de su Espíritu Santo. La Iglesia debe su fuerza á la palabra de Jesucristo, y los milagros y la doctrina están apoyados en el mismo fundamento; esto no es una petición de principios, es un encañamiento de pruebas que se prestan mutuamente fuerza y luz." (2).

Calmet no se apercibe de que se extravía cada vez más en su círculo vicioso; su razonamiento implica, en efecto, que el lector crea en Jesucristo, en la misión que éste ha dado á la Iglesia y en la infalibilidad de ésta; ahora bien, los milagros tienen precisamente por objeto probar la divinidad de Cristo y todo lo que se llama revelación; luego esto quiere decir que es preciso tener fe, y que entonces los milagros vienen á ser una prueba demostrativa, un fundamento, como dice *Pascal* muy bien. Pero ¿para quién se han hecho los milagros? ¿Para los que creen ó para los que no creen? Claro es que no tienen razón de ser si no son un medio empleado por la Providencia para convencer á los hombres de la verdad de una doctrina, ó, al menos, de la misión del que la predica. Si los hombres tuviesen esa convicción independientemente de los milagros, ¿no sería absurdo que Dios perturbase

(1) PASCAL, *Pensamientos*, XXIII, 1.(2) CALMET, *Disertación sobre los milagros* (Comentario del Antiguo Testamento, t. II, p. XXIV y sig.).

(1) SAN MATEO, XXIV, 24.

(2) ROUSSEAU, *Cartas escritas de la Montaña*, parte primera.

las leyes de la naturaleza para dársela? Si los milagros son necesarios para establecer una religión, es preciso que los hombres puedan asegurarse de su verdad, independientemente de la doctrina; si no, el círculo vicioso es evidente.

En realidad, la revelación y las pruebas que la apoyan son un inmenso círculo vicioso; ¿por qué hacen falta los milagros para establecer el cristianismo? Porque el cristianismo es en sí mismo milagroso, sobrenatural en su fundador y en su doctrina; pero ¿cómo convencer á los hombres de que el Hijo de Dios se ha encarnado, ha muerto y resucitado y ha enseñado verdades á las cuales no puede alcanzar la razón ni aún comprender? Para esto se invocan los milagros, lo cual es probar el milagro por el milagro. *Espinosa* hizo ya esta observación escribiendo á *Oldemburgo*: "Considero la ignorancia y la fe en los milagros como cosas equivalentes, porque los que pretenden establecer la existencia de la religión sobre los milagros prueban una cosa oscura con otra más oscura aún y que ignoran en grado superlativo." (1). *Diderot* ha repetido la objeción en otros términos, y es irrefutable. "Probar el Evangelio por los milagros es probar un absurdo por medio de una cosa contra naturaleza." (2).

Resta saber si el designio que se supone á Dios de establecer la verdadera religión por milagros está en armonía con la idea que nos formamos de la suprema sabiduría. *Rousseau* pretende que no, y la conciencia moderna es de su opinión; fundándose en que es imposible á los hombres distinguir los milagros de los prestigios, exclama: "¿Cómo! ¿Dios, dueño de escoger sus pruebas, cuando quiere hablar á los hombres ha de escoger con preferencia aquellas que suponen conocimientos que sabe no tienen? ¿Y ha de tomar para instruirlos el mismo camino que sabe tomaría el demonio para engañarlos? ¿Había de ser esa la marcha de la divinidad? ¿Podría ser que Dios y el diablo siguiesen el mismo camino? Hé aquí lo que no puedo concebir." (3).

Todavía es más difícil de concebirlo cuando se consideran de cerca los milagros referidos en los Evangelios: los hay, dice *Rousseau*, que no pueden tomarse al pie de la letra sin renunciar al buen

sentido; tales son, por ejemplo, los de los poseídos, ¿Hay poseídos? Abundaban tanto, según parece, en tiempo de Jesucristo, que se pasó la vida sacando demonios de los cuerpos: ¿cómo es que esta raza ha desaparecido? ¿Ha perdido el diablo su imperio? Y si le conserva, ¿por qué no le ejerce ya? *Rousseau* responde: "Se reconoce al diablo por su obra, y los verdaderos poseídos son los malvados; la razón no reconocerá nunca otros; pero pasemos adelante. Jesús pregunta á un grupo de demonios cómo se llama. ¿Cómo! ¿Los demonios tienen nombres? ¿Tienen nombre los ángeles? ¿Sin duda para llamarse entre sí, ó para acudir cuando Dios les llame? Este nombre es *Legion*, porque son muchos los que aparentemente no sabía Jesús; esos ángeles, esas inteligencias sublimes tanto en el mal como en el bien, esos seres celestes que han podido rebelarse contra Dios, y que se atreven á combatir sus eternos decretos, se alojan en tropel en el cuerpo de un hombre; y obligados á abandonar á este desgraciado, piden que se les permita arrojarse sobre una manada de cerdos, y lo obtienen, y esos cerdos se precipitan al mar. Esas son las pruebas de la augusta misión del Redentor del género humano, las pruebas que deben atestiguar á todos los pueblos de todas las edades, y de las cuales no se podría dudar, bajo pena de condenación. ¡Justo Dios! vuelve la cabeza hácia nosotros, que no se sabe dónde estamos."

Es preciso detenernos en estos milagros, porque desempeñan un gran papel, no solamente en la vida de Jesucristo, sino también en el establecimiento del cristianismo; son el argumento favorito de los apologetas para probar la verdad de la religión cristiana: pretendían los cristianos que los demonios eran los dioses del paganismo, y estaban orgullosos de destruir esas falsas divinidades; ¿cabía testimonio más evidente del poder divino de su Maestro? Entre mil testimonios nos contentamos con citar las palabras de *Tertuliano*: "Que se haga, dice, venir á alguno que esté atormentado por el demonio; el primer cristiano le obligará á confesar que es un espíritu inmundo; ¿puede haber prueba más completa? Vuestros dioses están sometidos á los cristianos; nosotros les obligaremos á salir, á pesar de ellos, de los cuerpos de los poseídos." (1).

(1) ESPINOSA, *Epístola XXIII*.(2) DIDEROT, *Adición á los pensamientos filosóficos*, núm. 21.(3) ROUSSEAU, *Cartas escritas de la Montaña*, parte primera.(1) Véanse otros testimonios en FRÉRET, *Estudios críticos de los apologetas* (Obras, t. III, p. 206-210).

Hé aquí una prueba de la revelación cristiana que debería poner en aprieto singularmente á los apologistas, si la fe les dejase un átomo de buen sentido. Preguntais, dice *Bergier*, por qué emplea Dios los exorcismos para probar la verdad de su religión. Desde luego Dios permite á los demonios salir del infierno para venir á atormentar á los hombres, porque le place así; esto tapa la boca á ese pregunton impertinente de *Rousseau*; convenía añadir aún, como la dama romana en Juvenal, que la voluntad de Dios hace las veces de razón. Dios permite aún las posesiones, dice *Bergier*, á fin de dar esplendor al poder divino de Jesucristo y para confundir las prevenciones de los incrédulos (1); pero los incrédulos dicen que, lejos de convencerles, los exorcismos les repugnan; esto sucede hasta á *Rousseau*, quien, á pesar de su respeto por el Evangelio, no se atiene más á él; así pues, vamos á parar á este singular resultado: que los milagros, lejos de convencer á los incrédulos, producen la incredulidad.

V.

¿Qué debe, pues, pensarse de los milagros de la Sagrada Escritura? Si se quiere ver en ellos una inversión de las leyes de la naturaleza, es evidente que se debe responder con *Espinosa* que no descansan más que en la ignorancia y en la superstición (2); el siglo XVIII abundó en esa crítica exagerándola; léese en uno de los escritos más moderados de esa época: "Si es necesaria una fe viva y ardiente para operar milagros, sólo con una fe sencilla y un espíritu sumiso puede ponerse en estado de verlos; no hay quien pueda ser testigo de los milagros más que aquellos que están persuadidos de la posibilidad de ellos; lo maravilloso huye y teme al espíritu incrédulo, que es su más peligroso enemigo; los hombres sencillos han visto y verán siempre prodigios; los incrédulos no los han visto ni los verán jamás," (3).

Es decir, que los milagros son una ilusión de la fe; pero allí donde hay ilusión, hay el gran peligro de que la mala fe venga á explotarla; la credulidad y el fraude son las dos fuentes de todos los prodigios; esta es la unánime opinión de los libres pen-

(1) BERGIER, *Tratado de la verdadera religión*, t. VIII, p. 478.(2) ESPINOSA, *Epístola XXI*.(3) *Reflexiones imparciales sobre los Evangelios*, p. 53.

sadores. Escuchemos á *d'Holbach*; "Los milagros no prueban nada más que la destreza é impostura de aquellos que quieren engañar á los hombres para confirmar los inventos que les anuncian y la credulidad estúpida de aquellos á quienes seducen esos impostores; éstos comienzan siempre por mentir, por dar ideas falsas de la divinidad, por pretender haber tenido un comercio íntimo con ella, y para probar ese increíble comercio, hacen obras increíbles que atribuyen á la omnipotencia del Sér que los envía. Todo hombre que hace milagros no tiene verdades, sino mentiras que probar. La verdad es simple y clara; lo maravilloso anuncia siempre la falsedad," (1).

La reacción que se verificó contra la incredulidad del siglo XVIII aprovechó á los milagros; no se ve ya en las religiones una obra de impostura ni maulería en los impostores; Moisés y Jesucristo son adorados hasta por los libres pensadores como las primeras figuras de la humanidad. En este orden de ideas, los milagros dejan de ser una impostura inventada para confirmar el fraude. ¿Qué debe, pues, pensarse de los prodigios atribuidos á Moisés y á Jesucristo? *Espinosa* ha inaugurado una explicación de los milagros que la ciencia moderna puede aceptar; observa desde luego que se ha entendido mal la Sagrada Escritura, que cuando dice que una cosa es obra de Dios, quiere decir que se ha hecho siguiendo las leyes y el orden de la naturaleza, y no, como cree el vulgo, que la naturaleza ha cesado de obrar para dejar hacer á Dios; luego si encontramos en la Escritura ciertos hechos cuya causa natural no comprendemos y hasta nos parece contraria á las leyes naturales, eso no debe detenernos; debemos vivir convencidos de que todo lo que ha sucedido ha ocurrido naturalmente. Si la Escritura lo relaciona todo directamente con Dios, descuidando las causas naturales, es porque su fin no es el explicar las cosas por sus causas inmediatas, sino presentarlas de manera que exciten la devoción de los hombres y particularmente del vulgo; es preciso, además, dice *Espinosa*, tener en cuenta la imaginación de los que refieren los hechos. Cuando se lee en la Biblia, por ejemplo, que el monte Sinaí arrojaba humo, porque acababa de descender Dios rodeado de llamas, ó que el profeta Elías subió al cielo en un

(1) *El cristianismo al descubierto*, p. 74.

carro inflamado arrastrado por caballos de fuego, es preciso ver en esas representaciones fantásticas las opiniones de los que lo refieren, que las dan como reales y hasta las creen realidades; pero eso no es razón para que aceptemos tales fantasías como realidades. Quedan los acontecimientos que son contrarios á las leyes de la naturaleza; *Espinosa* no vacila en decir que esas cosas han sido puestas en los libros santos por una mano sacrilega, porque lo que la filosofía dice que es contra la naturaleza es contra la razón, y lo que es contrario á la razón debe desecharse (1).

Sobre este último punto se han separado de *Espinosa* los intérpretes modernos; no porque admitan hechos contra la naturaleza, sino porque los explican por medio de la tradición ó del mito, como dicen los escritores alemanes; es decir, que la ilusión de la fe es la fuente de los hechos milagrosos; pero ¿excluye la fe el fraude necesariamente? Tenemos fraudes sin cuento que se llaman *piadosos*; puesto que se unen estas dos palabras, que parecen excluirse una á otra, es preciso creer que hay una especie de piedad que se concilia con el cálculo, digámoslo claro, con la impostura. No son los libres pensadores los que han imaginado los *fraudes piadosos*, son los cristianos, que no deben admirarse ni quejarse de que los libres pensadores les cojan la palabra; sólo que los primeros honran la piedad, aún cuando se haya recurrido al fraude, y éstos condenan el fraude aún cuando ande mezclada con él la piedad; por mejor decir, no quieren ver verdadera piedad allí donde hay mezcla de impostura; es preciso llamar las cosas por su nombre: que la tradición ó el mito hayan producido milagros, lo creemos de buen grado; pero cuando la mentira ó la impostura han desempeñado un papel en la tradición ó en la formación del mito, los condenamos; si no lo hiciéramos, parecería que excusábamos lo que no tiene disculpa, la mala fe.

Los milagros del Evangelio se remontan á lo que se llama los bellos tiempos del cristianismo, y repugna á aquellos á quienes es querida la religión creer que los cristianos, en el primer fervor de la fe, hayan forjado milagros para apoyar en ellos su creencia ó para esparcirla; sin embargo, es lo cierto que hay falsedades que se remontan á la cuna

(1) ESPINOSA, *Tractatus theologico-politicus*, c. VI.

del cristianismo: "Los primeros cristianos, dice *Voltaire*, han imaginado falsas predicciones de las sibilas, han supuesto Evangelios, han citado antiguas profecías que no existían, han fabricado cartas de Pablo á Séneca y de Séneca á Pablo, suponiendo hasta cartas de Jesucristo; han interpolado pasajes en el historiador *Josefo*, han forjado constituciones apostólicas y hasta el símbolo de los apóstoles. Si están reconocidos como falsarios en tantos puntos, deben estarlo también en los demás; ahora bien, los Evangelios son los únicos monumentos de *Jesús*, y esos Evangelios, tan largo tiempo ignorados, se contradicen; luego esos milagros son de una falsedad palpable," (1).

La conclusión es demasiado absoluta. Consta que siempre se emplearon fraudes piadosos para acreditar los milagros; sucedieron en la muerte de *Jesús*, si hemos de creer á los evangelistas, prodigios inauditos; *San Mateo* dice que desde las seis del día hasta las nueve, *toda la tierra se cubrió de tinieblas*. Hé aquí un milagro que estaba bien hecho para convertir á toda la tierra, puesto que toda la tierra era testigo de él; desgraciadamente, á excepción de un puñado de cristianos, la tierra no ha sabido nunca nada de tales tinieblas; ¿cómo enmendar ese mal paso? *Orígenes* redujo *toda la tierra* á los alrededores de *Jerusalén*; de esta manera las tinieblas generales se convierten en locales, y aún estas mismas no constan; el dicho de un evangelista no basta evidentemente para probarlas; era preciso el testimonio de un Judío ó de un pagano, y un celoso cristiano recurrió á un fraude piadoso para salvar el milagro, fabricando escritos que atribuyó á *San Dionisio el Areopagita*, haciendo decir á ese santo fabuloso que él y el amigo aquel á quien escribió vieron distintamente que la luna dejó el lugar que ocupaba enfrente del sol, acercándose á este astro y cubriéndole enteramente con su sombra. Hé aquí una mentira palpable para confirmar uno de los milagros más importantes del Evangelio.

Es una impiedad, un sacrilegio, hacer intervenir á Dios para legitimar con su autoridad las necedades y los fraudes de los hombres. No, Dios no invierte las leyes de la naturaleza para extraer una legión de demonios del cuerpo de dos poseídos,

(1) VOLTAIRE, *Cuestiones sobre los milagros* (Obras, t. XLI, páginas 302-324).

para enviarlos á dos mil cerdos que van á arrojar-se al mar. No, Dios no trastorna las leyes de la naturaleza para convertir el agua en vino en una comida de bodas, en que los convidados están ya ebrios. No, Dios no envía al diablo á tentar á su Hijo, que es consustancial con el Padre. No, Dios no hace salir á los muertos de sus tumbas para atestiguar la divinidad imposible de Cristo. Los ortodoxos pretenden que Dios ha operado todos esos prodigios para instituir y propagar la verdadera religion; pero si esa religion es la única verdadera y si debe durar hasta el fin de los siglos, los medios empleados por la Providencia hace dos mil años deben servir todavía hoy para consolidarla; sin embargo, sucede todo lo contrario; los milagros quebrantan y destruyen la fe en vez de fortificarla; ya en el siglo XVII decía *Voltaire*: "Quiero

hacer de Jesus un justo y un ángel, y no sería ni lo uno ni lo otro si fuera verdad todo lo que dicen los Evangelios, y esas aventuras no pueden ser verdaderas porque no convienen á Dios ni á los hombres; permitidme para estimar á Jesus que borre de los Evangelios los milagros que le deshonran; yo defiendo á Jesus contra vosotros.", (1). *Voltaire* tiene razon; el mundo moderno no cree ya en lo sobrenatural, y obstinarse entónces en mantener los milagros es comprometer hasta la existencia del cristianismo; si se quiere salvar la religion cristiana, hace falta separar de ella todo lo que tiene de prodigio, y ese trabajo se va efectuando en la conciencia general á despecho de los esfuerzos de una ciega ortodoxia.

(1) *VOLTAIRE, Dios y los hombres, c. XXXII (Obras, t. XXX, página 276).*

CAPÍTULO II.

LA IDEA DE LA REVELACION.

§ I. — La revelacion milagrosa.

N.º 1. — ¿Está en armonía la revelacion milagrosa con los destinos humanos?

Con los milagros y las profecias se derrumban los fundamentos del cristianismo tradicional; ¿es esto decir que toda religion caiga con la religion de Cristo? Durante mucho tiempo, amigos y enemigos estaban de acuerdo en esta cuestion capital. Los filósofos del último siglo, al ménos los materialistas, pensaban que arruinando el cristianismo destruían para siempre toda religion, ó, como decían ellos, toda supersticion; es verdad que había espiritualistas que no atacaban del cristianismo más que sus dogmas absurdos, su pretension á un origen divino, queriendo poner en su lugar la religion natural; pero los defensores de la Iglesia objetaban á éstos que la religion revelada era la única religion posible, y que había, pues, que escoger: si se quería conservar una religion, era preciso mantener el cristianismo tradicional; y si se destruía el catolicismo, se destruía por esto mismo toda religion, y con ella la moral y la sociedad. Es preciso detenernos ante esta nueva fase de la lucha entre el libre pensamiento y la ortodoxia cristiana; es la que para nosotros, los hombres del siglo XIX, tiene el mayor interes, porque es

de nuestro porvenir de lo que se trata; nosotros tenemos la conviccion de que no hay vida posible sin religion; resta saber si no hay religion posible fuera de la Iglesia católica.

El cristianismo es una religion revelada; nuestra cuestion se reduce á saber si la revelacion es de esencia de la religion. La revelacion ha sido considerada hasta aquí como una comunicacion directa de la verdad que Dios hace á los hombres hasta cuando les habla por la boca de un profeta tal como Moises; el cristianismo es una religion más directa aún, puesto que es Dios hecho hombre, que ha vivido entre nosotros y nos ha enseñado la ley de vida. ¿Por qué el mismo Dios revela á los hombres las condiciones de salvacion por un camino más ó ménos natural? Respóndese que el hombre, por las fuerzas solas de su naturaleza, no alcanzaría nunca á las verdades que le son reveladas, y las recibe de mano de Dios por un beneficio de su caridad, así como se salva por una gracia especial. La revelacion cristiana es milagrosa por esencia, y consiste en el mayor y más inexplicable de los milagros: el Sér infinito que toma la natura-